

¿Qué tal si vamos al “buro”, a Sonora?

JORGE DAVID HERNÁNDEZ ARAUJO / Ciudad Victoria, Tamaulipas

ESA FUE LA PREGUNTA que nos hicimos –a principios del año 2009– y por la cual nos pusimos en contacto con Germán Rivas, para ir al Rancho “El Carbón” en Sonora.

Somos un grupo de cazadores de Ciudad Victoria, Tamaulipas, que hemos realizado varias cacerías juntos, ya que nos llevamos muy bien y estamos muy compaginados para estas lides. A mí, por lo general, me toca: la evaluación del sitio a donde queremos ir a cazar. Debo recabar la mayor cantidad de información, no sólo la que proporciona el organizador, sino lo que comentan personas que lo conozcan; luego, proponérsela a los compañeros y –ya con un interés manifiesto– negociar las condiciones de la cacería.

Sin mucho interés –sólo por curiosidad– durante varios años había estado siguiendo la trayectoria de este sitio que me parecía muy bueno, pero –como pudimos comprobar después– superó ¡con mucho! nuestras expectativas, y me complace poder compartir nuestra aventura con todos a los que les interese oírlo.

Desde que empecé mis conversaciones con Germán, me pareció una persona honrada y sincera quien, pudiendo hacer alarde de los grande trofeos que se han conseguido en su rancho, o cosas similares, no lo hizo... Más bien, me presentaba las cosas peores de lo que en realidad son. Recuerdo que me decía: *Mira, Jorge, yo no te puedo asegurar nada más que lo que está en mis manos hacer. La cantidad de animales depende de las lluvias que se tengan durante el año; la calidad del trofeo va en proporción directa a la calidad del cazador y, como podrás entender, ninguna de esas cosas está en mis manos controlar.* Eso me lo dijo antes de cerrar ningún trato, algo que me pareció decente, ya que comentarios como esos los hemos escuchado cuando ya estamos en el sitio y no hay más remedio que seguir adelante.

Mis impresiones e indagaciones se las transmití a mis compañeros de siempre, que son José Florencio Bringas “Pepín” y Carlos Montelongo “El Inge” –oriundos, también, de Ciudad Victoria– quienes me dieron su visto bueno y cerramos el trato para la primera semana de enero de 2010. Más adelante, se unió al grupo otro buen amigo, Jaime Rodríguez “El Jaimón” y José Jr. hijo de Pepín –de 10 años de edad– quien iba como acompañante.

Durante el año tuve varias conversaciones más con Germán para aclarar dudas o preocupaciones que iban surgiendo en el grupo. Todas nos fueron resueltas o aclaradas ampliamente. Una de ellas fue: ¿vamos a tener buenas oportunidades todos? Esto era debido a que el trato que nos ofreció Germán consistía en cazar compartiendo el guía. Él me dijo: *Al 99% de los cazadores que han estado en el rancho no les ha tomado más de dos o tres días poder cazar un buen buro, ustedes van a estar seis días.* Otra duda que nos surgió, fue la inquietud de llevar nuestras propias armas, a lo cual nos aconsejó que no lo hiciéramos para evitar trastornos y pérdidas de tiempo en los aeropuertos; nos aseguró que él tenía

armas suficientes y en perfectas condiciones en el rancho para prestarnos. Otra inquietud que surgió, fue debida a la afición que tiene Pepín por el arco, a lo cual, Germán me comentó: *Jorge, ustedes pueden cazar con lo que quieran, pero debo decirte que nadie ha cazado un buro en el rancho con arco y flecha; bueno, tal vez, hace siglos sí lo hicieron; pero no desde que yo lo adquirí en 1995. Dile a Pepín que traiga su arco y que haga la lucha durante unos días, a ver si puede cazarlo así; si no, le presto un rifle y punto.*

En un abrir y cerrar de ojos llegó la anhelada fecha y ya –el día 3 de enero por la mañana– estábamos en el aeropuerto de Hermosillo, donde nos recibió el personal de Rancho El Carbón. Nos trasladaron sin contratiempos –en un recorrido que duró, casi, cuatro horas– hasta el rancho, donde ya nos esperaba nuestro anfitrión con una succulenta comida, la cual devoramos y, sin perder más tiempo, nos lanzamos a la cacería para aprovechar la tarde e irnos familiarizando con el monte.

Nos organizamos en parejas: Pepín y Jaimón en una camioneta, acompañados por el hijo de Pepín. El Inge y un servidor –que, dicho sea de paso, me apodan “El Venado”– en otra camioneta. Pero, antes, Germán nos dio a escoger los rifles: Pepín y Jaimón se quedaron con un Remington 270 y un Sako 300 WM respectivamente, aclarando que, esta tardeada era sólo para calentar motores, ya que la intención de Pepín era cazar con el arco. El Inge y un servidor nos armamos con un Remington 30-06, pues decidimos que tiraríamos uno primero y luego el otro.

La tarde estuvo maravillosa –los atardeceres en el desierto son espectaculares– vimos un par de buras (hembras) y un buro (macho) joven, al cual le tomamos película y fotos. Es importante señalar que parte de la plática con los guías esa tarde fue para aprender a diferenciar los nombres de los cactus, matorrales o chaparros del lugar, para poder localizar los animales al momento que los guías nos lo señalaran. Salvo por los *sagueros*, casi todas las demás plantas las tenemos en Tamaulipas, pero se les conoce con otros nombres... Pronto, nos alcanzó la noche y regresamos a la casa del rancho para terminar de instalarnos y disfrutar una excelente cena de carne sonorensis y platicar lo que habíamos visto, así como degustar un muy buen vino tinto ofrecido por nuestro anfitrión. Terminamos el día admirando el hermoso cielo estrellado y yéndonos a dormir.

A la mañana siguiente –muy temprano– desayunamos y nos alistamos para salir. Germán nos indicó que la tirada era de todo el día, para lo cual nos surtió con loncheras para cada camioneta que llevaban aguas, refrescos, comida para preparar en el monte y golosinas, provisiones suficientes para cazadores, guías y choferes.



Los atardeceres en el desierto son espectaculares



Jaimón se fue solo, ya que a Pepín –y a su hijo– los iba a llevar Germán a un espiadero que había preparado ex profeso para “el primer arquero en El Carbón”

El Inge y yo nos fuimos, en la otra camioneta, con el famoso Adán Celaya, alias “El Zorra”, como guía y Eduardo Acosta como chofer. Hay que reconocer la experiencia, los conocimientos, la dedicación y buena disposición que tiene todo el personal del rancho para hacerte pasar unos días increíbles. Sobre todo me asombró mucho la facilidad que tienen los guías para localizar los animales entre el monte... ¡Mis respetos!



Vista desde la Casa de Piedra

La mañana transcurrió de la siguiente manera: como a los 30 minutos de haber salido de la casa, nos encontramos a dos buras, las observamos un rato para ver si no traían algún galán escondido por los alrededores y seguimos adelante. Unos minutos más tarde, el Zorra, de repente, detuvo la camioneta por medio del “teléfono” (lazo atado a la mano del chofer que usan para indicarle a este que se detenga), ya que había localizado un grupo de animales entre los que destacaba un buro de 10 picos, al cual le fuimos hacer la cacería a pie. Con el viento siempre de frente, nos aproximamos como a 80 metros de los animales, vimos que era un buro joven y decidimos dejarlo pasar. ¡Se empezaron a calentar los motores!

Mientras que fuimos a ver esos animales, Eduardo –el chofer– ya había colocado la camioneta cerca de un arroyo seco y tenía todo preparado para el almuerzo: sillas para los cazadores, mesa para preparar la comida, fuego para guisarla y hasta sombra para la siesta... El Inge y yo nos quedamos gratamente sorprendidos.

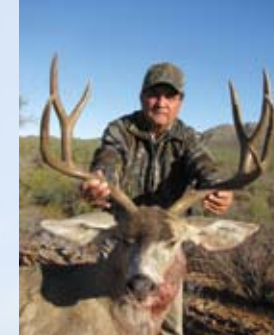
Estábamos quitándonos las chamarras y binoculares para disfrutar de la acampada, cuando, sorpresivamente, en la orilla del camino, que se levanta un muy buen buro que, al sentirnos, salió brincando sin darle oportunidad al Inge ni de coger el rifle. Volvió la adrenalina a hacer acto de presencia, esto nos sirvió para estar más alerta: ¡Ojo, Inge! –le dije– ¡En cualquier momento brinca la liebre!

Almorzamos, descansamos un rato y seguimos la cacería, ya que los sobresaltos nos impidieron saborear una siesta en aquel arroyo.

Más tarde, cuando íbamos circulando, nos encontramos con Jaimón. Le comentamos lo sucedido y él, a su vez, nos dijo que había visto como 15 animales, ninguno bueno, pero se notaba que también traía la maquina a todo vapor. Los guías se pusieron de acuerdo por dónde seguir y continuamos nuestro recorrido.

Como a eso de las cinco de la tarde, después de haber caminado un rato detrás de unas hembras que no traían galán tampoco, nos dijo el Zorra: *¿Que les parece si vamos a una cañadita que esta aquí cerca donde siempre he visto animales? ¿O están cansados?*

¡OK, vamos! –le contestamos– ¡Aquí no hay nadie cansado! Así lo hicimos y, después de un rato de caminar entre cerros y barrancas, entramos a la “cañadita”. De inmediato avistamos a una hembra con su cría; poco después, otra. Más adelante, un macho joven. La emoción iba en aumento. El Zorra nos hizo detenernos un rato para gemelear y nos recomendó que pusiésemos mucha atención pues, en cualquier momento, se podía levantar un macho bueno, ¡y así fue! Un poco después de estar gemeleando, de



El Inge Montelongo con su hermoso buro

entre el monte, que se incorpora un bello buro de 10 picos muy simétricos. ¡Inge, está bueno! Le dijimos, al mismo tiempo, el Zorra y yo. Cuando estaba sacando la cámara de video de la mochila, que trueno

el 30-06 y ¡pa’ bajo el bello ejemplar! No se movió más.

Brincando de gusto, nos abrazamos festejando el hermoso animal que había conseguido el Ingeniero Montelongo, y por el buen tiro que se aventó. Se tomaron las fotos de rigor y, mientras traían la camioneta para sacar al animal del monte, continuamos con el festejo adornado por un bello atardecer; no se podía pedir más, estábamos felices.

Al llegar al campamento (La Casa de Piedra), nos informaron que Pepín ya había conseguido cazar su buro... ¡Y con el arco! Hazaña nunca antes vista en este rancho, motivo por el que estaban todos felices, pero, sobre todo ¡por el magnífico animal que cazó!

Parece ser que “Speedy González” (mote que le pusimos a Germán por los rápidos y constantes movimientos que, todo el tiempo, realiza en las brechas del rancho revisando comederos, espiaderos, cámaras, trampas, etcétera) llevaba a Pepín al espiadero que le tenía preparado, cuando, al llegar a un cruce de caminos, que ven dos hembras seguidas por un macho. Detuvo la camioneta, valoró al buro y le dijo a Pepín: *¡Está muy bueno, yo creo que debías de tirarle, ya que está distraído con las hembras y te le puedes acercar!* Pepín estuvo de acuerdo y se preparó poniendo una flecha en el arco, pero, en lugar de tratar de acercarse, dejó que el animal lo hiciera, siguiendo el consejo de su guía, El Zorrilla –hijo del Zorra– quien iba con Pepín. Germán nos cuenta que no dejó de observar al buro, cuando José Jr., que iba en la camioneta con él, le dijo: *¡Mi papá va a disparar!* No había terminado de decirlo, cuando se oyó el suave zumbido de la flecha cortando el aire e impactando en la zona vital del buro. El animal, al sentirse herido, trató de huir en dirección contraria, pero la muerte lo alcanzó a los pocos metros. De esta forma se abatió el “primer buro cazado con arco en El Carbón” un excelente macho, muy grueso y abierto que, con toda seguridad, va a ocupar uno de los primeros lugares en



José Bringas (padre e hijo) con el primer venado buro cazado con arco en Rancho El Carbón

el libro de records *Pope & Young* (que es en donde se registran los animales cazados con arco), ya que dicha organización requiere de un puntaje mínimo de 145 puntos para ser admitido en el libro y, el buro de Pepín midió 179-6/8, ¡casi 180! Un gran logro, ¡hay que reconocerlo!

Esa misma noche, al calor de los festejos por los dos buenos trofeos conseguidos en el primer día de cacería, Pepín expresó su frase favorita: *Se están acabando los pend...* refiriéndose a Jaime y a mí que no habíamos cazado nada aún.

Al día siguiente, Jaimón y un servidor nos alistamos desde muy temprano para salir a cazar. Íbamos a salir solos, cada quien con su guía, ya que Pepín y su hijo iban a ser llevados a un espiadero a ver si podía conseguir un venado Coues, y el Inge Montelongo se tenía que quedar a la sesión de fotografías con el gran fotógrafo de las estrellas, Germán Rivas, quien le da mucha importancia a este aspecto de la cacería, y nos indicó que, más tarde, nos alcanzaba con el Inge para que me acompañara.

En el transcurso de la mañana, El Zorra y un servidor caminamos por entre el monte a ver si levantábamos un buen animal, lo cual no sucedió, pero eso sí, vimos muchos echaderos, excretas y raspadero de cuernos dentro del lomerío.

Cerca del mediodía, nos alcanzó Germán con el Inge, quien se vino con nosotros. Decidió El Zorra cambiar de potrero y nos dirigimos hacia la zona sur del rancho donde, al llegar, íbamos a comer y descansar un rato. En el trayecto localizamos unas buras en uno de los arroyos. Descendimos de inmediato de la camioneta para hacer la cacería a un posible macho que estuviera con ellas y, en efecto, lo encontramos, resultó ser un macho muy viejo, grueso y abierto, con pocos picos, posiblemente un gran trofeo en otros tiempos. Lo dejamos en paz y seguimos nuestro camino.

Al llegar al falsete (puerta del cerco), comentamos que ya hacía hambre. El Zorra nos dijo que, un poco más adelante, había un buen lugar para "hacer rancho" (comer) en una hondonada con

mucha vegetación en donde podríamos comer, descansar y sombreamos un rato, pues, aunque amanecía fresco, conforme transcurrían las horas, calentaba y picaba mucho el sol.

Llegamos a lugar indicado y, después de limpiar debajo de un frondoso palo verde—o retama, como se le conoce en Tamaulipas—nos pusieron las dos sillas de lona (muy cómodas por cierto) y se dispusieron a preparar unas papas con chilorio. Mientras, el Inge y yo destapamos unas cervezas frías que nos cayeron de maravilla. Estábamos tan cómodos allí sentados, recibiendo el frescor de la sombra y el agradable olor de la comida que estaban preparando El Zorra y Eduardo, que el Inge me comentó: *Ya nada mas falta que nos salgan aquí los buras*. Acto seguido, el Zorra comentó que se acordó que traía una latita de salchichas que nos podíamos ir comiendo como botana mientras estaba la comida. Fue por la lata a la camioneta y regresó sobresaltado, diciéndonos: *¡Las buras! ¡El buro!* Pensamos que era una broma por el comentario del Inge, pero, al ver la reacción del chofer

corriendo hacia las redilas de la camioneta, subir a la torreta, y pasarnos el rifle, ¡el Inge y un servidor saltamos como resortes!

El Inge se subió a la torreta donde estaba Eduardo pasándome el rifle y yo me dirigí al frente de la camioneta en donde estaba el Zorra, no sin antes checar las balas que traía el rifle y subir una a la recámara del mismo. Para esto, el Inge y el chofer, que estaban arriba, no paraban de decirme: *¡Jorge, está bien bueno! ¡Está muy grande!* Cuando llegué junto al Zorra, me di cuenta que una de las hembras se iba moviendo hacia la derecha, donde vi al buro macho detrás de un chaparro como a 50 metros de nosotros. Por la emoción del momento, y lo apresurado de los acontecimientos, le tiré a la sombra del buro cuando vi que se movía... ¡Qué buey...!

El Zorra—sin dar importancia a mi fallo—me pidió que me moviera más a la derecha. Así lo hice, cortando cartucho, y—ya desde ese lugar—que veo el animal perfectamente y disparo. En ese momento—sin recuperarme aún del retroceso del rifle—oigo al Zorra gritar *¡Ya le pegó!* y el chofer lo confirma diciendo: *¡Va bien acodillaoo... ya cayó!*

Corrimos hasta donde estaba el buro muerto y lo primero que se me vino a la mente al verlo fue el famoso refrán del "filósofo de Güémez": *Cuando uno anda de buenas, anda de buenas*. Mis manifestaciones de gusto no se hicieron esperar: gritos, brincos y abrazos acompañados por la obligada expresión de: *¡Me cagué*

pa' arriba! duraron horas. El buro resultó ser un "trofeazo" con cuernos muy gruesos de 31" de abertura interna, 33" externa, y diez bien altas y simétricas puntas, alcanzó a ser de la clase de los 200 puntos B&C.

Como nota adicional, debo subrayar que eso de que al mediodía los animales están echados, ¡es un mito! Ya que, como dije antes, esto sucedió como a las 14:00 horas. No cabe la menor duda de que ¡el amor nos vuelve locos a todos! ¿No es verdad? En fin, este buro me lo trajeron los Reyes Magos el 5 de Enero de 2010. Por cierto, la comida se quemó...

Estando ya de regreso en la casa, celebrando, vimos que Jaimón y su grupo regresaban con la novedad que ya también había logrado cazar su buro. Los Reyes Magos estuvieron muy ocupados ese día en El Carbón.

Jaime Rodríguez nos platica que, como a las 5:00 PM, ya estaba cansado y con ganas de regresar al campamento, pero los guías le dijeron que todavía era temprano y faltaba un tramo



Jaime Rodríguez con su buro de doce puntas

por ver, que no se desesperara, cuando, de repente, que ven un par de hembras y, detrás de ellas—como a 80 metros—¡un muy buen buro! El cual cayó sobre sus propias huellas después de que Jaimón le enviara un pasaje de ida a Tamaulipas. También resulto ser un magnífico ejemplar de doce puntas, muy abierto y con muy buena masa.

La noche fue de fiesta; pero faltaban los venados Coues.

Al otro día, miércoles 6 de enero, nos levantamos un poco más tarde, como a las siete, pues ya andábamos más relajados todos. El Inge y un servidor—después de desayunar unos deliciosos huevos rancheros—le pedimos a Germán que nos llevara a un espiadero para ver si había suerte con los Coues. Así lo hizo, llevándonos a uno—no lejos de la casa—que, entre otras cosas, tiene una vista espectacular.

Ahí estábamos el Inge y yo, trepados en el espiadero, comentando lo bien que nos había ido a todos, cuando, de la montaña que teníamos enfrente, vimos bajar a un animal que estaba por cruzar la brecha. Resultó ser un hermoso Coues que no dudamos en, también, invitar a casa. No cabe duda que ¡cuando uno la trae, la trae! (La suerte claro). Mi primer disparo le pasó por arriba al venado, pensé que estaba más lejos de lo que estaba en realidad y le apunté un poquito arriba del lomo (este error de juicio—según comenta Germán—es muy común ya que estos venados son muy chicos y más chicos los ves después de estar viendo buras). El segundo disparo lo alcanzó cuando ya iba corriendo, la bala entró de atrás hacia delante. Este tiro provocó que el venado se perfilara dando oportunidad para que, el tercer tiro, entrara por el codillo. Fue también un magnífico animal que midió 103 B&C. y eso que sólo tiene ocho picos. Todos nos quedamos sorprendidos con su puntuación.

Por razones de trabajo, decidimos regresarnos antes. Desde el rancho reservamos nuestros lugares en Aeroméxico y partimos hacia Hermosillo esa tarde, para tomar el único vuelo disponible a Monterrey temprano al día siguiente.

Es importante mencionar que, Aeroméxico, no pone ninguna objeción o restricción por recibir los cuernos, sólo te pide que los protejas con mangueras en las puntas para que no rasguen o dañen otro equipaje y que las pieles—bien saladas—las pongas en bolsas de plástico y en mochilas impermeables para evitar cualquier escurrimiento. A cada cornamenta la aerolínea le pone una etiqueta como si fuese maleta.

Con este comentario terminó la narración de nuestro paso por Rancho El Carbón, del cual todos regresamos muy contentos y satisfechos. Tuvimos suerte de encontrar un sitio así que nos aportó una muy agradable experiencia. Sólo me queda agradecerle a Germán y a su equipo por haber conseguido que así fuera. ☺



Jorge Hernández con su "Trofeazo" de más de 200 B&C



El autor (atrás) acompañado por su chofer, Eduardo Acosta (izq.) y su guía, Adan Celaya "Zorra" (der.)



El Inge, el Venado y el Buro...



El autor con su venado cola blanca Coues



David Suits



Jorge D. Hernández



Jesús Gutiérrez



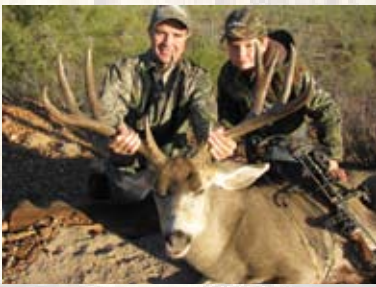
Sergio Lara



Carlos A. Montelongo



Joseph Vorro



José Bringas



Tancho Larragain



Jorge D. Hernández (Coues)



Sergio Lara (Coues)



Jaime Rodríguez

Tel. 5290 1500
www.ranchoelcarbon.com